

LA RÍA COMO RECURSO PAISAJÍSTICO

Pedro Armas
Profesor titular de Xeografía
Universidade da Coruña

«La naturaleza no da, sino presta; y sólo anticipa a los generosos»

William Shakespeare

INTRODUCCIÓN

Se trata de plasmar ciertos aspectos geográficos, físicos y humanos, significativos de las rías gallegas y, particularmente, de la comarca de O Salnés y de la península de O Grove, hacia donde se desvían de la ruta portuguesa las «Aulas no Camiño de 1997», contorneándola, a modo de recorrido complementario de esa vía jacobea.

Para ello, de lo general a lo concreto, partiremos de la génesis de este medio físico magnífico, evaluaremos el estado de conservación de sus más relevantes espacios naturales, comentaremos la transformación morfológica de alguna de sus villas rectoras y describiremos los elementos del hábitat de mayor interés patrimonial.

LA SINGULARIDAD GEOMORFOLÓGICA DE LAS RÍAS

La costa gallega es la más quebrada y recortada de la Península. Sólo es rectilínea en la rasa cantábrica o donde las sierras caen al mar como abruptos acantilados (A Capelada, parte de la Costa da Morte, tramo de Cabo Silleiro a la desembocadura del Miño). El resto corresponde a las rías.

La denominación «ría» es femenina, porque tal vez pertenezca más al paisaje sentido, vivido, percibido, que al paisaje objetivo, descriptivo. El término «ría», que significa, genéricamente, un tipo de costa hundida con un estuario inundado por el mar, ha sido asumida por los geomorfólogos de todo el mundo.

Mas, son tan singulares las rías gallegas, que todavía hoy se discute sobre su génesis. En ella se supone que han influido reajustes isostáticos, movimientos eustáticos con regresiones y transgresiones del nivel marino, levantamientos de la línea de costa, hundimientos de la plataforma continental, rejuegos tectónicos en el viejo zócalo y diversos ciclos de erosión y sedimentación.

Sin concretar la cronología, siempre discutida, y la casuística local, siempre variada, se deducen los mecanismos básicos de la génesis de las rías, que, en síntesis, se corresponden con esos ciclos de erosión-sedimentación (Precedo et al., 1994).

Resquebrajado el viejo zócalo cristalino, su denudada línea topográfica quedó cortada por múltiples fracturas. Los cursos fluviales aprovecharon las fallas más amplias y fueron encajándose en ellas, favorecidos por una regresión marina. Posteriormente parte de la línea litoral fue levantada, lo cual explica la presencia de algunas playas colgadas y el perfil joven de los ríos, puesto que había cambiado su nivel de base. Una nueva transgresión marina fue la responsable de la inundación de los estuarios. Habiendo disminuido las variaciones fuertes del nivel marino, poco a poco los procesos de deposición se fueron imponiendo a los de erosión. El aluvionamiento fluvial y la sedimentación de arena marina han ido aterrando parte de los estuarios, con efectos negativos para puertos de fondo de ría, como Pontevedra o Betanzos, que a partir del siglo XVIII perdieron pujanza precisamente por problemas de calado.

El resultado ha sido una especial combinación de islas (Cíes, Ons, Arousa, Cortegada, Sálvora ...), estuarios y bahías, en los que dulces ensenadas, apacibles lagunas costeras, amplias playas, pequeñas calas, atrevidos tómbolos, imprevistos cordones dunares, cambiantes marismas, inesperados bajos fondos arenosos y restingas configuran unos cuadros paisajísticos de excepcional belleza y unos ecosistemas de excepcional riqueza ecológica e inmenso rendimiento económico.

Las rías cortan transversalmente las estructuras litológicas y orográficas dominantes, que presentan una dirección meridiana. Tanto las islas que las cierran como el reborde alto de la fosa norte-sur, por la que discurren las principales vías de comunicación en el postpaís litoral, parecen constituir los límites en resalte de bloques hundidos, verticalmente, en los cuales se incrustan las rías, horizontalmente.

Varias han sido las *taxonomías* de las rías. Por ejemplo, la de Nonn diferencia entre rías tectónicas, rías embudo, rías alvéolo y rías mixtas. Sin embargo, ha prevalecido una clasificación simple, locacional, propuesta por Carle a mediados de siglo, entre rías altas y bajas.

Las *Rías Altas* no conforman un conjunto homogéneo. Las rías altas cantábricas (Ribadeo, Foz, Viveiro, O Barqueiro, Ortigueira) son estructurales, esto es, en ellas los agentes erosivos atacan las líneas de debilidad orográfica, dejando en resalte las rocas más duras (cuarcitosas). Estas rías atraviesan la rasa litoral de A Mariña y se contraponen a promontorios como la Estaca de Bares o el cabo Ortegal.

Las rías altas coruñesas (Cedeira, Ferrol, Ares, Betanzos, A Coruña, Laxe, Camariñas, Corcubión) quizás sean cubetas de alteración hundidas. Más amplias que las cantábricas, presentan una morfología que refleja los caprichos de la erosión diferencial, con todos los elementos orográficos mencionados (acantilados, playas, etc.).

Las *Rías Baixas* (Muros, Noia, Arousa, Pontevedra, Vigo) tal vez deban su origen más a los reajustes tectónicos que a la erosión del mar que inundó los bloques deprimidos (en algún tramo hasta la misma fosa meridiana). Son las rías más abiertas y con la topografía más suave. Por otra parte, disponen de los ecosistemas más fértiles, a causa de sus aguas tranquilas, con la mezcla idónea de agua fría y cálida, con la mezcla justa de agua dulce y salada, para que abunden los nutrientes básicos de toda una cadena trófica.

Resulta complicado establecer el esquema morfológico de una ría tipo, aunque se puede aceptar uno compuesto por tres tramos: el interior o estuario, el medio o ría propiamente dicha y el exterior o bahía (Precedo et al., 1994). En el primero predominan el aluvionamiento fluvial y las marismas. En el segundo las mareas y los fondos arenosos y profundos. En el tercero, además de los elementos del anterior, las playas amplias. Los límites entre tales tramos no son nítidos, excepto en las rías más pequeñas, donde una punta de flecha arenosa suele separar influencias marinas y fluviales. En algunas rías, donde la tectónica ha dominado a la dinámica fluvial, el estuario es minúsculo (Vigo). En otras el tramo de ría es mínimo (Ortigueira, A Coruña, Corme). En algunas aparecen los tres tramos (Arousa).

La fertilidad de los ecosistemas de las rías, particularmente de las bajas, deriva de la abundancia de plancton que aparece en estas aguas tranquilas, ricas en materia orgánica aportada suavemente por los ríos y con una temperatura idónea por la mezcla de aguas fluviales y marinas. El plancton es la base de toda una cadena trófica de moluscos, cefalópodos y peces. Los puertos naturales, las bateas y las parcelas de cultivos marinos son los lógicos elementos humanos de ese paisaje. La fertilidad de los suelos próximos a los estuarios ha incentivado un intensivo aprovechamiento agrícola (maizales, viñedos, frutales). Las playas y microclimas termófilos de los tramos de ría y bahía han incentivado el aprovechamiento turístico de ese entorno; a menudo con consecuencias nefastas para el paisaje.

LOS RECURSOS NATURALES

A modo de ejemplo de la gran riqueza natural de las rías fijémonos en las rías bajas. Las Rías Baixas contienen las comarcas naturales de las rías de Muros-Noia, Arousa (Barbanza-O Salnés), Pontevedra (Baixo Lézrez-O Morrazo) y Vigo. En ellas, sobre todo en las tres últimas, la bonanza climática y la fertilidad de los ecosistemas costeros potencian la humanización del paisaje, a pesar de la pobreza edáfica, la relativa aridez estival y la topografía accidentada.

Pero, en las rías toda generalización esconde múltiples matices. Donde los suelos son algo más profundos y los microclimas más cálidos (fondos de ría, estuarios), los usos intensivos del espacio agrario resultan sorprendentes (invernaderos, frutales, huertas, viñas). Ladera arriba, prados, pinos y eucaliptos caracterizan el paisaje, para dar paso a una almohadillada landa atlántica en las cimas. En distancias cortas podemos pasar de la suavidad bucólica de la costa (islas, ensenadas, estuarios, marismas, dunas) a sierras agrestes donde pastan caballos salvajes. La pugna en un espacio tan limitado con otros usos del suelo (urbanos, industriales, turísticos) termina por ser favorable a éstos.

Concretando un poco más, en un recorrido por la península que, adentrándose en la mar, separa las rías de Pontevedra y Arousa, detengámonos en dos espacios naturales de especial interés: el entorno de O Grove y la isla de Cortegada.

La península de O Grove se halla en una de las comarcas más bellas de las Rías Baixas. Entre O Grove y Cambados el viajero encuentra las marismas de la desembocadura del río Umia y otras similares en la ensenada de O Bao, donde la productividad marisquera es altísima. Puede pasear por la inmensa playa de A Lanzada (180 ha.), con todas sus dunas, o descansar junto a la laguna Bodeira (75 ha.). Aquí el visitante tiene la sensación de que el tópico de que las rías son una comunión perfecta entre tierra y mar se hace una realidad evidente. Y ello aderezado además con un clima suave.

Destacan en este paraíso natural los ecosistemas litorales, con dunas y marismas repletas de juncos y cañaverales, praderas halófilas y plantas con flores preciosas, muchas de ellas endémicas. Siendo más específicos, en los arenales abundan cardos marinos como la cebolla de las gaviotas (*pancratium maritimum*), la carrasca de San Juan (*otanthus maritimus*) y la «calystegia soldanella». Las marismas y bordes de la laguna están llenas de carrizos (*phragmites australis*), espigas de agua (*potamogeton polygonifolius*), cañaverales y lirios. Las extensas praderas submarinas están colonizadas por la zosteráceas (*zostera marina*, *zostera noltii*, *ruppia maritima*). Entre las plantas que resisten la salinidad destacan las salicornias (*salicornia perennis*, *salicornia ramosissima*), el limonium vulgar, la *spartina marina* y la *armeria*. Entre los endemismos florísticos se hallan la

linaria caesia, la *phelipaca arenaria*, el *helichrysum picardii* y el *iberis procumbens*.

Son muy importantes estos humedales, porque sirven de área de invernada para más de cien especies de aves acuáticas. Estos humedales, resguardados del frío y fértiles en cuanto a reptiles, anfibios y moluscos, atraen a numerosas aves que se pasan el día escarbando en el limo (más de 20.000 limícolas). Pueden juntarse decenas de miles de garzas, garcetas, espátulas, chorlitos, zarapitos reales, ostreros y otras. También bastantes patos, como fochas, zampullines o ánades reales. Si a ellas añadimos las gaviotas y cormoranes, y la posibilidad de contemplar a todas estas aves desde observatorios como el de Siradella, le estamos indicando al visitante la forma de pasar horas y horas de un modo relajado y disfrutando de un espectáculo único.

Toda esta riqueza natural cuenta, en teoría, con algunas *figuras de protección* ambiental; en la práctica no son del todo efectivas. Desde hace algunos años el conjunto, con sus 2.561 ha., fue declarado zona de interés en el marco de un convenio internacional de protección de humedales (convenio RAMSAR). Incluso una directiva de la Unión Europea reforzó esa figura declarándola Zona Especial de Protección para las Aves (ZEPA).

Además, desde 1989, la propia Xunta declaró Refugio de Caza a los espacios intermareales desde la península de O Grove a la desembocadura del Umia, un territorio muy reducido. Sin embargo, el furtivismo sigue existiendo. No olvidemos que antes la misma Lanzada formaba parte de un coto de caza. Y ciertos hábitos cuesta cambiarlos.

La vegetación, por supuesto, se halla aún menos protegida que la fauna. Los miles de visitantes y excursionistas pisotean inconscientemente especies endémicas de gran valor.

La degradación fluvial, menos impactante visualmente, pero muy dañina a medio plazo, continúa en los cursos del río Umia, que recibe incontrolados vertidos industriales en su trayecto, del río da Chanca, que sufre los aterramientos incontrolados en su estuario y del río Ucha, cuya marisma se halla ya muy deteriorada por las desecaciones y extracciones de arena.

Se trata de una de las comarcas más turísticas de Galicia. Aparte de la presencia masiva y descuidada de veraneantes, las indiscriminadas ex-

tracciones de arena y la construcción de viviendas y carreteras han afectado seriamente a los ecosistemas. Aquí el hombre ha estado desde antiguo. Por eso son numerosos los restos arqueológicos: castro, faro (¿fenicio o romano?), necrópolis (Adro Vello, Cantodorxo, Estonllo), vasijas, molinos ... también necesitados de protección. De ahí que sea una tierra mágica. Por ejemplo, la playa de A Lanzada cuenta con la leyenda de que toda mujer estéril que desee tener un hijo lo conseguirá metiéndose en sus aguas durante el amanecer del último domingo de Agosto, siempre que deje que nueve olas bañen su cuerpo (González I. et al., 1995).

Las rías de Pontevedra y Arousa son un marco natural magnífico, mas, por suerte o por desgracia, demasiado ocupado y explotado por el hombre. Quizás por ello, conviene detenerse en un espacio natural que se ha convertido en todo un símbolo para los ecologistas gallegos: la isla de Cortegada. Se trata de un símbolo porque el lema «Salvemnos Cortegada» se difundió como elemento de lucha contra la especulación urbanística.

Se genera en esta pequeña isla un conflicto entre propiedad de la tierra y legislación sobre costas y medios naturales. La isla estuvo poblada hasta finales del siglo XIX, momento en que pasó a ser, por donación a Alfonso XIII, una posesión real. Actualmente pertenece a una empresa que pretende urbanizarla con urgencia. Sin duda, su ubicación en el fondo de la ría, a un paso de Carril y Vilagarcía de Arousa, la hacen muy atractiva para un uso residencial de calidad.

Sin embargo, el hecho de que la isla estuviese despoblada desde finales del XIX le ha permitido conservar la laurisilva, un extenso bosque de laurel, con árboles de hasta 12 m. de altura. Este tipo de vegetación relictas, al margen de su mayor o menor interés botánico, representa una herencia de épocas pasadas. En otras tierras bajas y cálidas de Galicia abundaban en el Terciario estos bosques, de los que apenas queda nada. Precisamente en Cortegada, una isla sin elevaciones y muy *agarimosa*, donde conservamos el mejor ejemplo de ese tipo de bosque, están pensando en sustituirlo por chalés, saltándose más de una normativa legal. De la presencia del bosque podemos beneficiarnos todos. De la presencia de los chalés se beneficiarían unos cuantos.

En tales conflictos de intereses el perjudicado es siempre el ambiente. De hecho, se trata de la eterna pugna, no ya de los ecologistas, sino de

los partidarios de una racionalización del uso de los recursos naturales de que disponemos. Pugna que también tiene mucho que ver con el amor a la tierra y con la conciencia de que «lo pequeño es hermoso» y también merece la pena conservarlo.

LA CONSTRUCCIÓN Y DESTRUCCIÓN DE LAS VILLAS

La mayoría de los asentamientos litorales gallegos no tuvieron relevancia histórica, pues hasta mediados de este siglo no constituían más que grupúsculos de casas dedicadas a una actividad de rango inferior a la agraria (Precedo, 1987). Sin embargo, desde entonces, su crecimiento ha sido muy superior al de las villas interiores. Por ejemplo, O Grove es hoy una pequeña ciudad con más de 7.000 habitantes de hecho y una actividad turística que ha venido a dinamizar su base económica.

Los puertos pesqueros presentaban una morfología muy condicionada por el *emplazamiento del muelle* y por los vientos dominantes. Las casas se disponían de modo compacto en torno al «peirao», sin apenas dejar más espacio abierto que la plaza, ámbito de relación social, laboral (reparación de redes) y mercantil (lonja, mercado). Son pueblos cerrados, con «peiraos» y rampas que permitían fáciles botaduras y recogidas de las barcas, con casas compartiendo medianeras, algunas hasta excavadas en la ladera, apiñadas, protegidas de los vientos dominantes, calles principales paralelas al mar y siguiendo las curvas de nivel, cruzadas por calles secundarias, estrechas y a veces escalonadas, por las que en días de temporal se subían las barcas. En lugares muy azotados por los vientos marinos las casas se construían al amparo de algún monte o promontorio, dejando el frente litoral para las industrias del salazón o las conserveras. Por el contrario, en bahías abrigadas las casas bajaban hasta la línea de costa. La posterior transformación morfológica de muchos asentamientos, con el vuelco de éstos hacia el frente marino y la densificación de la línea de costa, supuso casi siempre un deterioro irreparable de típicos pueblos y villas marineros (Ribeira, Rianxo, O Grove, Cangas...).

En estos asentamientos el muelle era el espacio que albergaba la función básica, mientras las calles adyacentes acaparaban las funciones

complementarias; lo que conllevaba una morfología compacta, concentrada. Luego ciertas actividades necesitadas de más terreno se fueron instalando cerca de la carretera de acceso, donde se ha ido configurando un subcentro comercial y residencial. A menudo la principal calle de unión entre el puerto y la carretera se ha convertido en un eje de expansión cualificado, debido a su fácil accesibilidad (Precedo, 1987).

Estos núcleos no se integraban en un sistema gallego de «central places», ni siquiera organizaban su postpaís a modo de comarcas. Se trataba de focos semiautónomos, dedicados esencialmente a su actividad básica. Las actividades complementarias se solían limitar a las que suministran bienes y servicios de primera necesidad, excepto en los casos de pequeñas ciudades (Vilagarcía de Arousa, O Grove, Ribeira, Noia), cuyo dinamismo ha diversificado su base económica.

La *función turística*, estacional y desvinculada de los circuitos internacionales, es función complementaria en las villas litorales gallegas. Cierto que hay villas con una infraestructura turística relativamente importante, como Pontedeume, Miño, Sada, O Grove o Baiona, pero sólo Sanxenxo puede clasificarse como un foco turístico especializado.

Precedo sintetiza bien la *pauta general* de evolución de muchos espacios turísticos. Un recurso natural, casi siempre una playa mejor que las próximas, atrae a «turistas de calidad». Comienzan a proliferar los chalés, que se construyen aislados en la línea de costa o integrados en un pueblo preexistente. Obviamente los ritmos de ocupación de chalés y pueblo son diferentes. Crece la demanda y se construyen más chalés desvinculados del pueblo. Se incrementan las funciones comerciales y de servicios en el pueblo, pero con un marcado ritmo estacional. Se masifica la demanda y falta suelo para la edificación de baja densidad cerca del principal recurso, por lo que se construye en altura, en el postpaís, en otros tramos de costa, siguiendo las carreteras y en las parcelas libres del pueblo tradicional, donde la falta de planificación tolera un deterioro morfológico en paisajes de gran fragilidad visual. Los impactos ambientales comienzan a repercutir sobre la calidad del recurso y los rendimientos de la infraestructura montada pueden empezar a ser decrecientes.

El paradigmático caso de Sanxenxo encaja en esas secuencias. En el XIX el asentamiento lo formaban menos de un centenar de casas, que des-

endían desde la colina hacia el puerto, entre calles estrechas, empinadas, más o menos transversales a la costa y mal ordenadas en torno a una plaza. A comienzos del XX se construyó el muelle. En esa aldea de principios de siglo se diferenciaban cuatro tipos de casas: las «marineras», pequeñas y de planta baja, las «urbanas», de una o dos plantas altas y balcones de hierro, las «coloniales», de los indianos ricos, y algunos pazos. Todavía en 1940 Carreras Candi describe Sanxenxo como «una pequeña aldea, con un centenar de casas distribuidas en unas cuantas calles y una plaza».

De 1950 a 1965 muchos burgueses gallegos construyeron sus chalés cercanos a la playa de Sanxenxo, la primera de la región en contar con un muro. Al tiempo comenzaron a ofrecerse alquileres de casas campesinas y pisos del pueblo para clases medias. Desde 1965 en adelante las casas tradicionales y muchos chalés, sobre todo los próximos a la carretera principal y al paseo marítimo, fueron sustituidos por bloques, aprovechando las normas sobre «proporciones altura-anchura de calle». A la vez se multiplicaron las viviendas unifamiliares en la periferia agrícola próxima. El suelo se fue encareciendo y se desató la competencia por éste. Los constructores ofrecían uno o varios pisos en los bloques de nueva construcción a los propietarios de casas del frente marítimo, a la vez que los propietarios de viejas casas del casco antiguo las derribaban para levantar apartamentos.

El resultado fue la duplicación de la oferta inmobiliaria entre 1970 y 1981, de 3.800 a 6.700 viviendas, de las cuales menos del 50% son permanentes. La tipología de tales edificaciones no merece un mínimo comentario. Sanxenxo se ha convertido en el Benidorm gallego. Durante el verano lo invaden familias gallegas de clase media-alta, sobre todo de Ourense y de Santiago de Compostela, y familias madrileñas y catalanas de clase media, dos tercios de las cuales ocupan casas y pisos alquilados y el resto casas de su propiedad.

Los 3.500 habitantes de hecho que alberga el binomio Sanxenxo-Portonovo se multiplican exponencialmente durante los meses estivales. Aunque pueda parecer una explicación socio-aneecdótica, debe tenerse en cuenta la influencia de los jóvenes a la hora de elegir el veraneo en Sanxenxo; en el sentido de que «chantajejan» a sus padres, partidarios del turismo tranquilo de Galicia frente al sureño, haciéndoles ver que, si han de ir a un sitio donde el buen tiempo no está garantizado, al menos que sea

a un pueblo con «marcha» como Sanxenxo, donde las noches se alargan y donde muchos coinciden además con sus amigos de la ciudad.

Si algunas funciones se repelen entre sí, caso de la industrial y la turística, la mayoría son complementarias. Cuando el rango alcanzado por el pueblo o villa logra cierto nivel, la base funcional se diversifica, hasta el punto de que nos hallamos ya ante pequeñas ciudades. Ocurre que los estadios transicionales siempre son difíciles de explicar.

Vilagarcía de Arousa sirve como ejemplo de pequeña ciudad diversificada. Es el resultado de su historia urbana (Precedo, 1987). Aldea de pescadores, de estructura elemental, asociada a un pazo-castillo del XVI. En 1744 se localizó el mercado en el cruce de los caminos de la costa y de Caldas de Reis. La iglesia parroquial se construyó entre éste y la aldea de pescadores. Otra aldea se configuró a lo largo del camino interior. Hasta el XIX existían, pues, tres asentamientos, que por yuxtaposición acabaron siendo uno solo.

A principios del XX algunas industrias derivadas de la pesca se instalaron en el litoral. Vilagarcía de Arousa se constituyó como municipio. El ferrocarril llegó al vecino Carril (primera línea de Galicia), pujante puerto de salida de emigrantes, que pronto se quedó obsoleto por problemas de calado que obligaron a trasladarlo al muelle del «ramal» en Vilagarcía, a donde se lleva un ramal del ferrocarril. Todo ello generó un efecto multiplicador: madereras cerca de la estación, muelle comercial, muelle de pasajeros, ataque regular de la armada británica (los buques tenían poca autonomía), etc. El pueblo creció como crecen los puertos: desde el viejo casco hacia los muelles, en calles paralelas a la costa. Nació un elegante barrio, La Prosperidad, en el frente marítimo, junto al balneario. La conjunción playa-ferrocarril era exclusividad de A Coruña, Pontedeume y Vilagarcía de Arousa. Las élites de Santiago de Compostela invadían la villa durante los veranos. La función mercantil se potenció hasta convertir a Vilagarcía de Arousa en el centro comercial de la ría; llenándose de establecimientos mercantiles las calles próximas a los muelles donde atracaban los compradores. El pueblo se transformaba en una pequeña ciudad, con edificios públicos (aduanas, comandancia), una hostelería acorde a su función (teatro de variedades, cafés, hoteles), nuevas calles y plazas. Por eso, ya en 1925 Otero Pedrayo comentaba que Vilagarcía de Arousa se

hallaba en «el estadio inicial de formación de una ciudad». Pero... quizás se quedó en eso.

Luego llegaría una *relativa decadencia*. El puerto no pudo competir con otros de la región. El turismo se desplazó a otros tramos del litoral. El comercio sufrió la competencia de otros pueblos de la ría. La industria no se consolidó. Los sistemas de transporte variaron la dirección de los flujos (ejemplo: 120.000 pasajeros de ría anuales en los sesenta, 3.000 en los ochenta; hubo que cerrar líneas regulares). Los planes urbanísticos se redactaron, pero no se aplicaron; el resultado fue una heterogeneidad morfológica en las edificaciones (manzanas abiertas y cerradas) y en la trama viaria (camino y calles); lo cual, sumado a la especulación, impidió que llegase a la actualidad un precioso pueblo de principios de siglo, aunque sí una pequeña ciudad diversificada y con problemas de índole diversa.

Al margen del los lastres derivados de una mala imagen, Vilagarcía de Arousa conforma, sin solución de continuidad, con su próspero entorno (Carril, Vilaxoán, Sobrado, Trabanca, Vilanova), la «octava ciudad de Galicia», que acoge a más de 22.000 habitantes y rige la dinámica comarca de O Salnés. En los años setenta la imagen de Vilagarcía de Arousa aparecía ligada a un Polo de Desarrollo, que fracasó estrepitosamente y, quizás, afortunadamente, por el tipo de industrias pesadas que estaban proyectadas para esta ría justo antes del crack fabril. En la actualidad la imagen de Vilagarcía de Arousa aparece ligada a la economía sumergida, a veces delictiva, llevada a cabo por contrabandistas y narcotraficantes en toda la ría de Arousa. Aparte de las medidas represoras, la mejor política territorial para su rica comarca sería la que potenciase el aprovechamiento integral y racional de la ría.

A menudo vemos adscrito el término «*conurbación*» al tipo de continuum de hábitat de la rías, regido por pueblos y villas, aunque el concepto es esencialmente urbano. Geddes lo aplica a espacios donde el crecimiento de dos metrópolis conduce a una fusión física entre ambas, si bien mantienen su individualidad funcional. En nuestro caso, la coalescencia da lugar a una *morfología lineal* a lo largo de una carretera, que discurre por una llanura costera estrecha, un valle encajado o una cubeta tectónica. Las «conurbaciones gallegas» son casi todas litorales. En las rías el dinamismo de los núcleos, la topografía (espacio constreñido por escarpes próximos al

mar) y los ejes de comunicación favorecen su formación, si bien los factores genéticos pueden ser diferentes. Todas las conurbaciones conllevan dificultades para la ordenación del territorio, pues los problemas de índole ambiental, sanitario o educacional desbordan las competencias municipales.

Se habla de «*conurbaciones históricas*» para aludir a asentamientos polinucleares resultantes de la fusión de diversas aldeas, como Cambados, Fefiñanes y Santo Tomé, Pobra do Deán y Caramiñal, Carril, Vilagarcía de Arousa y Vilaxoán. Entre las supuestas «*conurbaciones recientes*», cuyo dinamismo tuvo sus raíces en la modernización de las actividades pesquero-marisqueras y agropecuarias, hallamos las de Ribeira, Palmeira y A Pobra do Caramiñal, Boiro y Rianxo, Carril, Vilagarcía de Arousa, Vilaxoán, Vilanova y Cambados, Portonovo, Sanxenxo, Raxó, Combarro y Poio, Cangas y Moaña, Pontevedra y Marín, Vigo y Redondela.

De hecho, se trata de *áreas rururbanas* cuyas características más definitorias son la heterogeneidad morfológica y la pluriactividad de sus habitantes tanto por lo que respecta a los sectores económicos (agricultura, marisqueo, pesca, construcción, industria, comercio, servicios), como por el medio de trabajo (campo, mar, ciudad); es el moderno *modus vivendi* del *part time* que se funde con la vieja cultura del minifundio tradicional.

EL HÁBITAT TRADICIONAL DE LAS RÍAS BAIXAS

Al recorrer las Rías Baixas, fijándonos en el hábitat tradicional, nos percatamos de que es relicto. Las construcciones marineras que caracterizaron otrora villas como Noia, A Pobra do Caramiñal, Vilaxoán, Cambados, Combarro, Marín, Cangas do Morrazo, Baiona, A Guarda... están más en la memoria que en la realidad actual.

La casuística múltiple, derivada de los diversos condicionantes del *emplazamiento* (calado, vientos, disponibilidad de espacio), dificulta cualquier taxonomía. Generalmente un puerto natural nacía en torno a un arenal de fácil acceso. En unos fue el *acceso a una cala* abrigada el que determinó la configuración de villas compactas. En otros una buena playa animó al levantamiento de una primera línea de edificaciones en el frente marítimo y luego al crecimiento por calles paralelas y callejones perpendicula-

res, para cortar los efectos del viento. En unos la dispersión sobre arenales generó pueblos desordenados, que crecieron por densificación sobre las dunas. En otros una *península* protegida por un promontorio rocoso amparó a aldeas concentradas primero al pie del mismo y luego expandidas por el camino del istmo, donde surgieron calles paralelas y casas en el mismo frente litoral. En unos el *estuario de un río* incentivó la construcción de una primera fila de casas en la margen protegida, a la que siguieron otras ladera arriba, también con calles principales paralelas y secundarias perpendiculares. En otros... (de Llano, 1996).

No hay un *prototipo de vivienda marinera*. Las casas más alejadas del centro del pueblo solían reproducir las características de las casas rurales de la comarca. Sin embargo, las del mismo puerto marinero presentaban rasgos propios. Eran casas muy pequeñas, apiñadas entre medianeras, con un almacén para redes y útiles de pesca y, si acaso, algún «cortello» para el ganado. La distribución interna dependía del poder adquisitivo del propietario; así, en las casas de los pobres había un solo espacio para todas las actividades; en las casas de los menos pobres había una sala (frontal y llena de camastros, no es la sala de respeto del rural), una pequeña cocina y hasta tres cuartos minúsculos; en las casas de los ricos podía haber un cuarto más o bien un «faiado», soportales y galerías. No obstante, desde una perspectiva paisajística, nos interesan sobre todo los aspectos externos de las construcciones, los de impacto visual.

Las *clasificaciones tipológicas* resultan muy complicadas. Sigamos la propuesta por Pedro de Llano (1996), que distingue: casas terrenas, casas del «pincho», casas con patín de acceso exterior y casas villegas de dos o más plantas.

La casa *terrena* es la más primitiva. Aparece en comarcas marginales o en ciertas islas (en Ons, por ejemplo). Respondía a las necesidades de una economía agropesquera arcaica. Las más elementales son casas minúsculas, de planta rectangular, con *una sola dependencia* sobre suelo de tierra, ventiladas por la puerta. Las más complejas cuentan con *varias dependencias*: cocina, cuartos, sala y desván.

Los *elementos constructivos* son muy escasos. Las luces dependen de la longitud de las vigas. Las paredes largas contienen las fachadas y las laterales son ciegas. Se levantan mediante cachotería en seco o perpiños

de granito. Algunas están caleadas, pero la mayoría presentan cachotería a la vista. Son bajas, para evitar combaduras y para ofrecer menos superficie a los vientos. Las ventanas son muy elementales, con contornos de cantería y contras de madera. Las cubiertas, a dos aguas, se cierran con tejas del país.

La «*casa do pincho*», de origen medieval, fue la casa marinera atlántica típica entre los siglos XII y XIX. Con una o dos plantas, lo más característico son sus fachadas principales estrechas y sus cubiertas a dos aguas de fuerte pendiente, con capiados en los bordes y canalones de cantería sobre los muros medianeros. Las paredes, levantadas mediante técnicas elementales de cachotería en seco, son bajas y en ellas apenas se abren vanos pequeños, con reborde de cantería o madera y tornalluvias. Pero, también hay muros con sillares o perpiaños, con barro caleado o simplemente pintados de blanco, salvo una franja de color oscuro en la base, a modo de amplio zócalo, para disimular la suciedad.

Quedan algunas aisladas casas del «pincho» en Vilagarcía o Pontevedra, aunque el grupo quizás más representativo lo hallamos en Combarro, afortunadamente protegido dentro de un conjunto monumental.

La *casa con patín* puede considerarse otro prototipo. En ella el patín permite un acceso desde el exterior, normalmente, a la planta alta de la vivienda. La cubierta, a dos o tres aguas, con el «cumio» paralelo a la fachada, a veces se prolonga sobre las columnas del patín. Cuenta con más vanos que las casas del pincho, con tornalluvias de cantería.

El patín se suele situar en la fachada principal. Consiste en una escalera, a menudo encalada, de un solo tramo, que remata en un patamal cubierto por una prolongación del tejado. Sin embargo, las ubicaciones y formas del mismo varían dependiendo del emplazamiento de la casa y de las colindantes. A veces cubre un espacio abierto que protege la entrada al almacén, a modo de pórtico apoyado en una viga empotrada en la fachada que a su vez termina sobre una columna. Otras se asienta sobre un muro de cierre exterior o sobre un cuerpo macizo de cachotería. A veces cubre un gallinero. Otras es flanqueada la escalera por losas o por bloques de cantería. El patín es una solución arquitectónica muy difundida por las Rías Baixas, donde a menudo se prolonga por espléndidas «solainas». Vemos, por ejemplo, las diversas morfologías de patín en Combarro o en Vilaxoán.

No obstante, la casa más típica de los pueblos o villas marineros es la *casa entre medianeras*, con dos o tres plantas y con acceso interior. Las fachadas, lisas y con escasos vanos en las más simples, disponen de galerías o corredores en las más complejas. Las fachadas principales son estrechísimas (2-7 metros) y las posteriores ciegas, pues dan a otra de la manzana o se incrustan en la ladera. La policromía de las piezas de carpintería dota a las fachadas de gran valor paisajístico, pues destacan en los muros de cachotes o sillares de granito. Es típico que el «faiado» se use como una dependencia más de vivienda; para ello se sube la cornisa frontal por encima del techo del andar, se abre un ventanuco y se cubre a una sola agua, a modo de buhardilla. Predominan las cubiertas a dos aguas, pero, también a una sola agua en casas semiexcavadas en ladera y a tres aguas, una de ellas con prolongación sobre corredor.

Sin entrar en las múltiples distribuciones internas, es decir, fijándonos sólo en su aspecto paisajístico, se puede asumir una tipología de casas entre medianeras tanto dimensional como geográfica, que distingue las «casas pequeñas» (2-5 m. de ancho por 5-7 m. de fondo), las «casas grandes estrechas» (3-7 m. de ancho por 10-15 m. de fondo), las «casas grandes más anchas» y las «casas meridionales», que, emplazadas en comarcas de clima benigno, en lugares de menos pendiente y en grupos menos compactos, son más anchas (8-10 m.), menos altas y menos profundas (de Llano, 1996).

Hallamos algunos ejemplos de casas entre medianeras en Combarro, Baiona, A Guarda... Son casas con muy buena piedra de granito, perpiaños y sillares, que contrastan con casas pobres de cachotería tosca y barro caleado. Abundan las cubiertas a dos y tres aguas, con espléndidos «beirados», magníficas balconadas de granito con barandillas de hierro y soportales con pilares de granito circulares o cuadrados.

La *casa con soportal* es, de hecho, un subtipo de casa de dos plantas entre medianeras, idéntica a aquéllas, pero con un elemento tan singular como el soportal. Elemento que, según Torres Balbás, es de origen romano, aunque por las villas gallegas se difundió en la Edad Media, para proteger a los vendedores de productos agrícolas o artesanos. En el caso de las villas marineras servían, además, para guardar los útiles de pesca y hasta las barcas en momentos de temporal. Siempre formaban grupos en una calle o plaza, aunque hoy aparezcan aislados junto a otras tipologías.

En cuanto a sus funciones, los soportales poco profundos (1,5-2 m.) soportan un corredor y actúan como un pequeño porche, donde se apilaban las redes; mientras que los soportales más profundos (hasta 6 m.) y amplios (hasta 40 m².) soportan una sala o cuarto. Muchos han servido como espacios de relación y algunos sirven hoy como terrazas de bares o cafeterías. En cuanto a los materiales de que están hechos, los soportales más elementales se sustentan por columnas de piedra circulares o cuadradas y los soportales más complejos se resuelven con tres arcos (uno frontal y dos laterales) sobre los que se asientan los cierres de sillares.

Hubo soportales, por ejemplo, en muchas villas marineras, pero sólo quedan conjuntos en Muros y Combarro. Muros, importante puerto medieval (XII-XIII), reactivado por los catalanes a fines del XVIII (salazón), es un pueblo orientado al mediodía, sobre un arenal (hoy puerto y paseo). En su entorno dispone de una piedra de muy buena calidad, lo que se traduce en casas magníficas y cantería por doquier. Predominan las cubiertas de teja a dos aguas, a veces con vertiente complementaria sobre corredores, bastantes de los cuales se transformaron en galerías modernistas. Además, cuenta la villa con unos soportales espléndidos, aunque también se encuentran algunos cerrados o adaptados a «nuevas funciones».

Combarro conserva la mejor arquitectura popular costera de Galicia. Es un pueblo al naciente, con puerto y hórreos sobre el mar (pluriactividad agromarítima), que le dan un aspecto palafítico. Abundan las casas de dos plantas, estrechas y profundas. Aún dispone de una preciosa calle paralela a la costa, típica en todos los pueblos litorales, pero aquí con soportales conservados, estrechos y sobre columnas. La piedra, magnífica, permite cuidados trabajos en sillares, cantería o cachotería careada con piezas grandes. Predominan las cubiertas de teja a tres aguas, con «cumio» perpendicular a la fachada, prolongadas sobre corredores o solanas, con balaústres de piedra labrada o madera, sobre «canzorros» o columnas. Pero, lo más significativo de Combarro son esos hórreos junto al mar y la riqueza cromática del conjunto, donde el oscuro granito, los tejados y la madera rojiza de las cámaras de los hórreos componen una auténtica postal. ¡Lástima que los ejemplos positivos sean tan puntuales!

Un tipo de casa marinera interesante desde un punto de vista paisajístico es la *casa con corredor*. En las rías, más que actuar como elemen-

to aislante (térmico, pluviométrico y eólico), el corredor actúa como solana. Suele ubicarse bajo una prolongación del tejado, pero en las casas de tres plantas, si se halla en la primera, tiene cubierta independiente. Destacan los corredores con barandillas de hierro o madera, propios de «casas ricas», apoyados sobre «canzorros» que vuelan más de un metro y, a veces, requieren hasta columnas exentas de apoyo.

Más atractiva, si cabe, es la *casa con galería*. Las galerías son elementos preferentemente urbanos. Aparecen en Galicia a finales del XVIII y se difunden en el XIX gracias a la aplicación de cristales planos, a veces de colores. Nacieron como simples cierres de madera y cristal, de corredores y solanas. Son paralelepípedos rectangulares, con un cierre de piedra o madera, una estructura de carpintería de roble con puntales, antepechos, espléndidos adornos y ventanucos, que servían como aislantes térmicos, captando los escasos rayos de sol invernales y dando sombra en verano, con lo que se transformaban en dependencias de «vivienda», no se trataba sólo de adornos de fachada. Constituyen una muestra perfecta de adaptación al medio. Es la *arquitectura solar* de que habla Guillermo Yáñez (1974). Se produce en ellas un auténtico efecto invernadero: el vidrio deja pasar las radiaciones solares y no deja salir las radiaciones de onda larga emitidas por el edificio, acumulando energía calorífica en el aire de la galería, que luego pasa al interior de la casa. Por otra parte, en verano, con el sol alto, al sobresalir las galerías de las fachadas, se crean en ellas juegos de sombras, que las mantienen frescas (de Llano, 1996). Además, protegen del viento y de la lluvia. La galería atesora también otros valores. Como señala Xosé de Castro Arines, tiene una fuerte carga comunicativa, pues confluyen «canteiros, carpinteiros, alerifes, vidrieiros, inventando a unha este divertimento arquitectónico co que se adorna a casa e co que se pon ao exterior unha das suas máis sinaladas porcións do seu ser entrañábel»; algo así como si parte de la vida familiar se expusiese a través de ella al exterior. Por desgracia los ejemplos de villas con conjuntos de corredores y galerías tradicionales son cada vez más escasos, a la par que proliferan pastiches sustitutorios, de discutible impacto visual. La naturaleza ha sido generosa con las rías, el hombre pocas veces es generoso con el paisaje.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1975): *A Galicia rural na encrucillada*, Galaxia, Vigo.
- AAVV (1993): *Galicia*, Monográfico de la Revista El Campo, BBV, Bilbao.
- AAVV (1995): *Galicia natural*, El Mundo Galicia, Galaxia, Vigo.
- ARIAS VEIRA, P. (1990): *Las 313 Galicias*, E.A.S., A Coruña.
- BAS LÓPEZ, B. (1980): *Construccións populares gallegas*, Bankunión, A Coruña.
- BAS LÓPEZ, B. (1984): *Arquitectura popular de producción agrícola... en II-III Xornadas de arquitectura galega*, C.O.A.G., Santiago de Compostela.
- BOUHIER, A. (1979): *La Galice: essai géographique d'analyse et d'interpretation d'un vieux complexe agraire*, La Roche-sur-Yon.
- DE LLANO, P. (1981): *Ons, a arquitectura dunha comunidade desaparecida*, O Castro, Sada.
- DE LLANO, P. (1996): *A arquitectura popular en Galicia. Razón e construcción*, C.O.A.G., Santiago de Compostela.
- FARIÑA JAMARDO, J. (1975): *La parroquia rural en Galicia*, I.E.A.L., Madrid.
- FARIÑA JAMARDO, J. (1981): *El hábitat gallego*, Diputación, A Coruña.
- GARCÍA MARTÍNEZ (1976): *Tipoloxía da vivenda rural galega*, Boletín COAG nº 2-4, Santiago de Compostela.

- GONZÁLEZ, I. et alt. (1995): *Guía de espacios naturais de Galicia*, Galaxia, Vigo.
- LORENZO FERNÁNDEZ, X. (1962): *Etnografía. Cultura material*, en Historia de Galiza, Nós, Buenos Aires.
- LORENZO FERNÁNDEZ, X. (1982): *A casa*, Galaxia, Vigo.
- MARTÍNEZ SARANDESES, F. (1982): *Arquitectura vernácula en Pontevedra*, C.O.A.G., Santiago de Compostela.
- NIEMEIER, G. (1945): *Tipos de hábitat rural en Galicia*, en Estudios Geográficos nº 19, Madrid. Primera publicación en Alemania 1934.
- OTERO PEDRAYO, R. (1927): *Problemas de xeografía galega. Notas encol das formas de poboazón labrega*, Seminario de Estudios Galegos, Santiago de Compostela.
- OTERO PEDRAYO, R. (1965): *A aldea galega no seu decorrer histórico*, Grial nº 8, Vigo, pp. 133-150.
- PÉREZ ALBERTI, A. et alt. (1982): *Xeografía de Galicia. O medio*, Sálvora, Sada.
- PRECEDO LEDO, A. (1987): *Galicia: estrutura del territorio y organización comarcal*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- PRECEDO LEDO, A. et alt. (1994): «Galicia» en *Geografía de España*, Planeta, Barcelona.